

# ***LAS UTOPIÁS DEL ADVIENTO CRISTIANO***

## **LA UTOPIÍA, RADICALIDAD DE LA ESPERANZA**

Los profetas del Adviento, que se dirigen a nosotros en la oración y celebraciones de este tiempo, son ante todo, profetas de la Utopía; es decir, de la esperanza radicalizada: una esperanza que se abre paso en medio de todas nuestras desesperanzas.

No es posible escuchar el mensaje del primer Isaías, sin sentir que en él se condensan los mejores y más vivos sueños de la humanidad histórica:

*De las espadas forjarán arados;  
de las lanzas, podaderas.  
No alzaré la espada pueblo contra pueblo,  
no se adiestrarán para la guerra.  
Habitará el lobo con el cordero,  
la pantera se tumbará con el cabrito,  
el novillo y el león pacerán juntos:  
¡un muchacho pequeño los pastoreará! (Is 2, 4; 11, 6).*

Cuando el ser humano deje de soñar con ese cuadro idílico, trazado por la genial poesía de Isaías, será del todo un ser domesticado, a merced de los poderes ocultos, víctima de todas las mentiras, violencias, desencantos... ¡Pobre ser humano, incapaz de soñar con lo mejor para su vida y para su mundo! Y entonces, cuando el ser humano hubiere dejado de tener esperanza en un futuro mejor para todos, ¿valdría la pena seguir vivos en este mundo, un mundo sin Utopía, que nos permita mirar con ilusión más allá de las ruinas e insensateces de un espíritu humano abandonado a su propia decadencia?

¿Por qué, a veces, tenemos miedo a soñar, esa facultad tan propia del alma humana, tan exclusiva del alma humana, que se complace en anticipar dentro de sí lo que la fe y la esperanza nos aseguran que ha de venir?

Y ¿quién puede certificar que los sueños utópicos de la humanidad histórica, entre los que destacan por su fuerza y belleza los de los profetas bíblicos, no son la brújula que mejor nos conduce a puerto seguro, es decir, hacia un futuro más justo y digno para todos? Las utopías nos alertan de lo acertado o torcido de nuestras rutas actuales. Escuchar la Utopía es abrir caminos al bien común universal.

Para los creyentes en Cristo, resulta imposible mantener viva la Esperanza teologal separada de la Utopía. La Esperanza cristiana es utópica en sí misma, porque sabemos que, lo que esperamos no está ahí, detrás de la puerta. No esperamos algo ya sabido, es decir, viejo, manoseado, aburrido; sino algo totalmente nuevo, inédito, sorprendente... Algo que supera, incluso, nuestra capacidad de desear y aun de soñar, *He aquí que todo lo hago Nuevo*, dice el Señor que viene a nosotros en el Adviento.

Por eso, mientras seguimos en Adviento, aquel que es capaz de soñar y no dejarse vencer bajo los zarpazos de la realidad más deprimente, llega a saber más, infinitamente más, que aquellos que se niegan a incluir la Utopía en su discurso mental y emotivo. Su sabiduría es la del corazón irreductible al desencanto.

El que sueña sabe que, la llave de un mañana radiante de belleza y bondad para todos los humanos, no puede consistir en ese chato conformismo ante cualquier tipo de mal que acosa y hace daño a tantos hermanos. Sabe que hay que ofrecer alternativas, que no sean simples parcheos al ya demasiado deteriorado tejido social y cultural en el que nos movemos. Porque nunca ha bastado con los meros análisis de la realidad, por muy bien hechos que estuvieren; ni con las soluciones al paso, para ir tirando, que acaban por hacer más grande el desgarramiento del dolor colectivo.

De modo que, el que embellece su pensamiento con los brillantes colores de la Utopía, va sabiendo y haciéndonos saber que, al soñar con ese mundo mejor para todos, la Esperanza va modelando su corazón con una fuerza mayor que todas las calamidades, que pretenden adueñarse del *hábitat* humano, clavando sus garras especialmente en los más débiles.

La Utopía del Adviento, es afirmación rotunda de que en este mundo, el nuestro, ya están floreciendo las semillas de *algo nuevo*, las semillas del Reino que *está en medio de nosotros*.

## LA UTOPIA, LEVADURA DEL REINO

Tal vez sea este el primer milagro de la Utopía: al integrarla en la propia vida, al aceptarla como estilo personal, se convierte en levadura de una existencia más rica en alegría y humanidad. Tiene poder para fermentar la masa muerta de un mundo que, ¡tantas veces!, nos parece sin soluciones. ¡Qué gran poder de renovación posee la Utopía plantada en el corazón de los humanos!

Una somera ojeada a la historia, nos llevará a concluir que, aquellos/as que mejores servicios han prestado a la humanidad en cualquiera de sus campos (social, cultural, científico, artístico, religioso...), han sido y son mujeres u hombres que tuvieron la audacia de soñar, de creer en la superación propia y de los otros. Estos tales, no aceptaron “ser realistas”, ni vivir “con los pies en la tierra”; sino que fueron y son, “visionarios”, encandilados por el radiante amanecer que anuncia el día universal y cósmico de paz y de justicia. Dicho en cristiano: estos tales, creyeron y aceptaron el espíritu de las Bienaventuranzas evangélicas, como su única arma de combate, como su único sostén en la lucha.

Quien se deja educar por el espíritu de las Bienaventuranzas, consigue ver él mismo y ayuda a que otros vean, los signos del Reino que despuntan en cualquier lugar y tiempo. Porque el contenido nuclear de la Utopía de las Bienaventuranzas, es que Dios ama a los pobres de la tierra con fidelidad inquebrantable.

Entre el Mundo y Dios media siempre su Palabra: *El Reino de los cielos en medio de vosotros está*; y, la mirada utópica, lo avizora siempre viniendo desde el más allá (Parusía), hasta el aquí y ahora del sufrimiento humano y de las luchas de liberación (Kairós). Bajo esta potentísima luz de la fe en la Segunda Venida de Cristo, que cada Adviento celebra y prepara, recordándonos su fuerza de ascensión en el interior de todos los procesos históricos, nadie resulta más realista que el utópico, nadie con los pies más firmes sobre este suelo regado por tantas lágrimas. Viendo ya, en el corazón de la más dura realidad, cómo la salvación de Dios está en marcha, el utópico creyente se une con su

acción, con su compromiso a favor de los últimos, a esa acción actual de Dios, haciéndose él mismo semilla del Reino.

Que toda realidad temporal está preñada del Amor de Dios; que el tiempo lleva en su seno luces de eternidad..., es algo que saben muy bien quienes se dejan iluminar por la pequeña, pero inapagable, llama de la Utopía evangélica. En cambio, ¡ay, dolor!, en cambio, en los corazones enfermos de eficacia inmediata, de puro pragmatismo, de actitudes competitivas, y de ambición de poder y de dominio..., es imposible que prenda ninguna luz de Resurrección, ningún viento de Esperanza viva. Su enfermedad es la imposibilidad para la Utopía.

Sólo se defiende eficazmente la vida, cuando se está convencido de que la vida es hermosa, y puede ser y será aún más hermosa. Pero su hermosura, no podrá jamás identificarse con los afanes egoístas de un bien que no alcanza a ser para todos.

El día en que los humanos dejemos de soñar..., las piedras, los árboles, las fieras salvajes, serán más libres que nosotros, con más futuro que nosotros. El día en que los cristianos dejemos de beber en la fuente clara, fuente utópica, de las Bienaventuranzas, el mensaje cristiano será, en nuestras manos una flor marchita, y en nuestros labios una palabra sin fuego (¿no es esta la impresión que muchos tienen del discurso y actuación de los creyentes?).

## **LA UTOPIÍA, FUERZA EVANGELIZADORA**

Sin creer en la Utopía, parece imposible mantener o reanimar la audacia misionera, encender en el mundo el fuego que Cristo quiere que arda.

Chata y ridícula resulta una fe que no se orienta hacia lo imposible. ¿No es Jesús el Señor de lo Imposible? ¿No entra Él en este mundo, bajo el pórtico de las palabras del ángel a María, *pues para Dios nada hay imposible*, con las que se nos anuncia el poder especial que Dios ha depositado en el misterio de la encarnación del Verbo? ¿No es el propio Jesús quien nos dejó dicho que, *lo que es imposible para los hombres no lo es para Dios*, invitándonos a creer en que todo es posible para el que cree?

Nuestra acción llega tan lejos como la fe que la anima. Por lo que, si no vemos resultados más convincentes en nuestra tarea evangelizadora hoy, ¿no será porque no tenemos suficiente fe en el Señor que nos envía, Señor de lo Imposible, así como en lo utópico de la misión que se nos ha confiado?

*Id por el mundo entero, pregonando la buena noticia a toda la humanidad. A los que crean los acompañarán estas señales: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán las serpientes y, si beben algún veneno, no les hará daño; aplicarán las manos a los enfermos y quedarán sanos (Mc 16, 15.17-18).*

Está claro, demasiado claro: la fe en Cristo se dice mejor en clave de Utopía: fuente inagotable de signos y prodigios, el más pequeño de los cuales, no es, ciertamente, el de desterrar de nuestros corazones todo miedo al presente y al futuro.

*Decid a los cobardes de corazón:*

*sed fuertes, no temáis.  
Mirad a vuestro Dios que trae el desquite;  
viene en persona,  
resarcirá y os salvará (Is 35,4)  
Él da fuerza al cansado,  
acrecienta el vigor del inválido;  
se cansan los muchachos, se fatigan los jóvenes,  
tropiezan y vacilan;  
pero los que esperan en el Señor renuevan sus fuerzas,  
les nacen alas como de águila,  
corren sin cansarse, marchan sin fatigarse (Ib 40, 29-31)*

*Aunque se retiren los montes y vacilen las colinas,  
no se retirará de ti mi Misericordia,  
ni mi Alianza de Paz vacilará  
-dice el Señor, que te ama-. (Ib 54, 10).*

Y así, el que se siente salvado por Dios, se convierte instantáneamente en vocero de la salvación. El amor que lo inunda y desborda, lo empuja por los caminos de los hombres a gritar de mil maneras: “¡Dios me ama. me ama tal como soy, me salva con su amor; y quiere amarte a ti también de la misma manera!”. La única manera eficaz de evangelizar, es anunciar y compartir el Amor con que Dios nos ama.

La Utopía del Cantar de los Cantares, situada en el corazón mismo del Adviento (esta lectura corresponde a la Eucaristía del 21 de diciembre), se convierte en la profecía primera y principal del Reino que anunciamos, y que ya está viniendo a nosotros.

*La voz de mi Amado...  
¡Mirad, ya viene!  
Mi Amado me habla así:  
“Levántate, amada mía, hermosa mía,  
ven a mí”( Cantar,2. 8-14).*

El Adviento nos recuerda que Dios quiere ser el Esposo de cada corazón. Y la misión evangelizadora ha de consistir, precisamente, en crear el clima adecuado para que los hombres de cada generación, lleguen a tener la experiencia del Verbo como Esposo, es decir, el contacto con su Amor vivificador. *¡Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado!*

Evangelización que no tenga como meta explícita el conducir a hombres y mujeres a un tú a tú con Dios, no merece el nombre de evangelización. La Utopía del Cantar de los Cantares, la de los desposorios místicos como expresión suprema y autenticadora de la fe en el Dios de Jesús, ha de ser el fuego más atractivo y vivificador (contagioso, cabría decir) de la predicación evangélica hoy y siempre.

Digámoslo con la boca más grande: el Señor del Adviento viene como Esposo, deseoso de llenar nuestras vidas con su fecundidad y gozo: *La alegría que encuentra el buen marido con su esposa, la quiere encontrar el Señor contigo (Is 62, 5).*

## LA DEBILIDAD, FUERZA/UTOPIA DEL “DIOS CON NOSOTROS”

Mas, donde la Utopía cristiana alcanza su clímax, expresión máxima de su carácter sorprendente y único, es en el hecho de ser la Utopía del Reinado Universal de **¡un Niño!**

*El pueblo que caminaba en las tinieblas vio una luz grande...  
Porque la vara del opresor, el yugo de su carga,  
el bastón de su hombro,  
los quebrantaste como el día de Madián.  
Porque la bota que pisa con estrépito  
y la túnica empapada en sangre  
serán combustibles, pasto del fuego.  
**Porque un Niño nos ha nacido,  
un Hijo se nos ha dado:  
lleva al hombro el Principado, y es su Nombre:  
Maravilla de Consejero, Dios Guerrero,  
Padre Perpetuo, Príncipe de la Paz** (Isaías, 9,2-7)*

La gracia indefensa de un Recién Nacido, el encanto de una vida que comienza llena de promesas, pero sujeta, en su debilidad, a todos los avatares y amenazas del ciego destino, se han convertido en el signo más elocuente de Dios-Con-Nosotros (Enmanuel).

Desde ahora, desde la contemplación por la fe de un Dios Encarnado, aparecido entre nosotros como pequeña vida que se pone en nuestras manos, sabemos que la última palabra sobre la historia de los hombres, no la tiene el poder que se impone, la ambición que devora, el orgullo que aplasta..., ¡sino el llanto de un Recién Nacido que nos llama a compasión!

La Utopía cristiana significa, pues, que Dios tiene necesidad de los hombres para salvar a los hombres. Así lo ha decretado en sus inescrutables designios de salvación universal. Por ello podemos afirmar que, no hay salvación posible, donde los hombres no escuchan y se conmueven ante el llanto de Dios-Con-Nosotros.

Todos los “grandes” del cristianismo, entendieron muy bien que *en la debilidad se manifiesta la fuerza*; porque la Gracia, es decir, la intervención de Dios a favor de los hombres, no encuentra cauce a través de nuestras seguridades, autosuficiencias, protagonismos y afanes de notoriedad. Todos los “auténticos” en el seguimiento de Jesús de Nazaret (el que vino a servir y no a ser servido, el que ocupó el último lugar renunciando a todos los posibles privilegios de su *categoría de Dios*), supieron con su experiencia existencial, y nos lo hicieron saber con su testimonio, que, *para no desvirtuar la Cruz de Cristo*, no existe fuerza mayor ni razón más convincente en la tarea evangelizadora de las Iglesias, que la vulnerabilidad de un corazón traspasado de amor. Evangelizamos desde la debilidad asumida, no rehusada. Evangelizamos desde el testimonio de un amor encarnado, sembrado en los surcos de la historia, de la cultura, de las condiciones humanas de aquellos a quienes se dirige la Palabra que nos salva. Evangelizamos desde el Amor Gratuito, que siempre se ofrece, se entrega, desinteresadamente.

La vulnerabilidad de un amor que sólo pretende ser amor, es la palabra más eficaz y reveladora (comunicadora) de la experiencia cristiana en el mundo. Ella es la aportación

más original y genuina del Cristianismo, al conjunto de filosofías y Religiones de la Humanidad.

La Navidad que prepara el Adviento, es ese Niño que comienza un nuevo Reinado en este mundo. **Nuevo**, por la sorprendente forma de gobernar, donde el que manda, sirve; el que ocupa un puesto de responsabilidad, nada impone; y el que pretender ser útil a sus hermanos, lo es desde la entrega voluntaria y gratuita de la propia vida.

¡Maravillosa Utopía de la Navidad, hija de un Adviento no menos maravilloso! En ella percibimos la fuente más revolucionaria del Cristianismo, más capaz de hacer de nuestras vidas y tareas, levadura de los Cielos nuevos y la Tierra Nueva, habitados por la Justicia: *Si no os hicieréis como niños..., no se reflejará en vuestros rostros la sonrisa de Dios, la poesía de Dios, la Salvación que viene, exclusivamente, por el amor, por la debilidad del Amor, un Amor que no necesita de exégesis ni de hermenéuticas, para ser comprendido y aceptado por todos los pobres de este mundo.*

### AGRADECER LA UTOPIA DEL ADVIENTO

Creo que la meditación que precede y que toca a su fin, provoca en un lector atento la actitud espontánea del agradecimiento. ¡Maravilloso tiempo éste del Adviento que tanta gracia nos ofrece mediante su esperanza utópica!

Nos recuerda el Adviento, en primer lugar, que sin utopía, muere la esperanza; y que, la esperanza cristiana, en cuanto que don teológico (Dios comunicado al corazón del hombre como fuerza roturadora de caminos nuevos siempre posibles), nos conduce por su dinamismo interior, a ser levadura del Reino, perfectamente amasada con los acontecimientos de nuestro mundo, especialmente con los más luctuosos y portadores de sufrimiento para los pobres.

¡Inútil, pues, todo intento de evangelizar que no hincó sus raíces más sanas en el terreno fértil de la utopía! En la utopía del Reino predicado por Jesús de Nazaret, que se hace praxis de esperanza liberadora en nuestras luchas diarias ( e irrenunciables) a favor de la Justicia y del bien común, recibimos y compartimos el don divino de la Paz -imposible de poseer fuera del campo de batalla-; afianzamos los lazos de fraternidad universal en el Padre común que Jesús nos comparte; y aprendemos de la debilidad de Dios hecho Niño, a ser también nosotros niños, confiados y abandonados en los brazos de la Madre, sabiendo que la eficacia del Reino está indisolublemente vinculada a la pobreza de medios y a la fragilidad de las vidas evangelizadoras. Y confirmamos que es posible fracasar sin desmayar, mantener la armonía interior en el corazón del conflicto, gracias a esa dichosa unión sponsorial con la que Dios en persona fecunda todos los actos de nuestra vida y nos hace capaces de entregarla por los hermanos.

¿No representa el tiempo de Adviento una suma tal de gracias que nos alerta y predispone a fin de no perdernos ninguna de ellas? ¿Y no están encerradas todas esas gracias en la esperanza utópica, la que confirma que **otro mundo es posible**, porque ya en éste está germinado la semilla del Reino de Dios, sembrada por el Espíritu de Señor Jesús y cultivada por sus seguidores junto con todos los hombres y mujeres, rebeldes e insatisfechos, que se resisten a acomodarse a las mentiras del poder? ¡Dichosos cuantos hicieron de cada Adviento la feria de sus energías espirituales renovables!

